

á la inmortalidad. Y despues que habrás dicho las palabras sagradas: *Señor, no soy digna, no muevas mas tu cabeza, ni tus labios, sea para rezar, ó sea para suspirar; sino abriendo mansa, y medianamente tu boca, y levantando tu cabeza lo necesario para que el Sacerdote vea lo que hace, recibe llena de fé, esperanza, y caridad aquel, el qual, al qual, por el qual, y para el qual tú crees, esperas, y amas. O Filotea! como la abeja, habiendo recogido sobre las flores el rocío del Cielo, y el zumo mas exquisito de la tierra, y habiéndolo reducido á miel, lo lleva á su colmena; así el Sacerdote, habiendo recogido sobre el Altar al Salvador del mundo, verdadero Hijo de Dios, que como un rocío descendió del Cielo, y verdadero Hijo de la Virgen, que como flor salió de la tierra de nuestra humanidad, lo vuelve en vianda de suavidad dentro de tu boca, y dentro de tu cuerpo. Habiéndole, pues, recibido, excitarás tu corazon á que rinda las debidas gracias á este Rey de salud, tratando con él de tus negocios interiores. Considerárase dentro de tí, donde se puso por tu buena suerte. Harásle en fin todo el mejor acogimiento que te será posible, portándote de*

suerte que se conozca en todas tus acciones que Dios está contigo.

Quando no pudieres gozar este bien de comulgar realmente en la santa Misa, comulga á lo menos de corazon, y de espíritu, uniéndote por un ardiente deseo á esta carne vivificante del Salvador.

Tu principal intencion en la comunión debe ser el adelantarte, fortificarte, y consolar-te en el amor de Dios, porque debes recibir por amor lo que el solo amor te hace dar. No puede el Salvador ser considerado en una accion mas amorosa, ni mas tierna que esta, en la qual se aniquila (por manera de decir) y se reduce á vianda, para penetrar nuestras almas, y unirse íntimamente al corazon, y cuerpo de sus fieles.

Si los mundanos te preguntan por qué comulgas tan amenudo, respóndeles que es por aprender á amar á Dios, por purificarte de tus imperfecciones, por librarte de tus miserias, por consolarte en tus aflicciones, y por fortificarte en tus flaquezas. Diles que des suertes de gentes deben comulgar amenudo: los perfectos, porque hallándose bien dispuestos, harian muy mal de no llevarse al manantial, y fuente de

de perfeccion: los imperfectos para poder juntamente pretender la perfeccion: los fuertes para que no se debiliten: los débiles para que se fortifiquen: los enfermos para que sanen; y los sanos para que no enfermen; y que quanto á tí, como imperfecta, débil, y enferma, has menester comunicar amenudo con quien es tu perfeccion, tu fuerza, y tu Médico. Diles que los que no tienen muchos negocios mundanos deben comulgar amenudo por quanto tienen comodidad, y los que tienen muchos negocios del mundo, porque tienen necesidad; y que aquel que trabaja mucho, y está cargado de penas, debe tambien comer viandas sólidas, y ame-

nudo. Diles que recibes el Santísimo Sacramento para aprender á bien recibirle; porque es casi imposible el hacer bien una accion, no habiéndola exercitado muchas veces.

Comulga amenudo, Filotea, y lo mas amenudo que pudieres, con el aviso, y parecer de tu Padre espiritual: y créeme que las liebres en invierno, y en medio de nuestras montañas se vuelven blancas; y esto porque no beben, ni comen sino sola nieve. Y á fuerza de adorar, y comer la hermosura, la bondad, y la pureza misma en este divino Sacramento, tú tambien te volverás perfectamente hermosa, perfectamente buena, y perfectamente pura.



TERCERA PARTE

DE LA INTRODUCCION,

en la qual se contienen muchos avisos necesarios al exercicio de las virtudes.

CAPITULO PRIMERO.

De la eleccion que se debe hacer quanto al exercicio de las virtudes.

EL rey de las abejas no se sienta en los campos, si no está rodeado de todo su pe-

queño pueblo. Así la caridad no entra jamas en un corazon, que no aloje consigo todo el acompañamiento de las otras virtudes, exercitándolas, y poniéndolas en obra, como hace un Capitan á sus Soldados; pero no las exercita todas de

una vez, ni igualmente, ni en todos tiempos, ni en todos lugares. El justo es como el árbol que está plantado sobre la corriente de las aguas, el qual da su fruto á su tiempo, por quanto la caridad, regando un alma, produce en ella las obras virtuosas, cada una en su sazón. La música (aunque en sí tan agradable) es importuna, y enfadosa en un luto, ó entierro, dice el Proverbio. Es una gran falta en muchos, que aplicándose al ejercicio de alguna virtud particular, porfían en qualquier tiempo, y ocasion que las acciones no salgan nada de aquello que desean, como aquellos antiguos Filósofos, que siempre lloraban, ó siempre reían; y aun hacen peor quando menosprecian, y censuran á los que como ellos no exercitan siempre estas mismas virtudes. "Es menester alegrarse con los alegres, y llorar con los que lloran (dice el Apostol), y la caridad es paciente, benígna, liberal, prudente, y condescendiente."

De la misma manera hay virtudes, cuyo uso ha de ser casi universal, y que no solamente deben exercerse sus acciones aparte, sino antes tomar sus calidades, y acciones de todas las otras virtudes. No

siempre se ofrece ocasion de practicar la fuerza, la magnanimidad, la magnificencia; pero la apacibilidad, la templanza, la honestidad, y la humildad son ciertas virtudes, con las quales todas las acciones de nuestra vida deben ir mezcladas. Virtudes hay mas excelentes; mas no por eso su uso será tan necesario. El azucar es mas excelente que la sal; mas la sal tiene mas frecuente, y general uso. Por esto se debe siempre tener buena, y pronta provision de estas virtudes generales, pues se ha de servir de ellas casi de ordinario.

Entre el ejercicio de las virtudes debemos preferir aquel que es mas conforme á nuestra obligacion, y no á nuestro gusto. Era el gusto de Santa Paula el exercitarse en la aspereza de las mortificaciones corporales, para gozar mas fácilmente de los regalos espirituales; mas no por eso dexaba de tener mas obligacion á la obediencia de sus Superiores. Por esto San Gerónimo la tenia por digna de reprehension, viendo que contra el parecer de su Obispo se exercitaba en inmoderadas abstinencias. Al contrario los Apóstoles, que tenían cargo de predicar el Evangelio, y distribuir á las almas del Pan celeste, juzgaban que

era

era indecente el desembarazarse para este santo ejercicio, por practicar la virtud del cuidado de los pobres, aunque de sí es tan excelente. Cada estado ha menester practicar alguna especial virtud. Unas son las virtudes de un Prelado, otras las de un Soldado, otras las de una muger casada, y otras las de una viuda; y aunque todos estos deben tener todas las virtudes, no por eso deben todos practicarlas igualmente, sino que cada uno debe particularmente dar á las que se requieren al genero de vida que pasa.

Entre las virtudes que no miran á nuestra obligacion particular debemos preferir las mas excelentes, y no las mas aparentes. Los cometas parecen ordinariamente mas grandes que las estrellas, y ocupan mucho mas lugar en nuestra vista; mas no por eso deben compararse, ni en grandeza, ni en calidad á las estrellas. Ellos parecen grandes solo por quanto estan cerca de nosotros, y en un sugeto mas grosero en comparacion de las estrellas. De la misma manera hay ciertas virtudes, las quales por estar cerca de nosotros, sensibles, ó por mejor decir materiales, son en extremo estimadas, y preferidas siempre del

vulgo. Así prefieren algunos comunmente la limosna corporal á la espiritual, el sílicio al ayuno, la desnudez á la disciplina, y las mortificaciones del cuerpo á la dulzura, benignidad, modestia, y otras mortificaciones del corazon. Escoge, pues, Filotea, las mejores virtudes, y no las mas estimadas: las mas excelentes, y no las mas aparentes: las mejores, y no las mas bizarras.

A qualquiera es muy provechoso el escoger un ejercicio particular de alguna virtud, y esto no para dexar las otras, sino para mejor tener el espíritu exercitado, y ocupado. Una hermosa, y joven doncella, mas reluciente que el Sol, vestida, y adornada realmente, y coronada con una corona de oliva, apareció á San Juan, Obispo de Alexandria, y le dixo: "Yo soy la hija mayor del Rey: si tú me puedes alcanzar por tu amiga, yo te llevaré delante su cara." Conoció que era la misericordia para con los pobres, la qual Dios le encomendaba: causa por que despues se dió de manera al ejercicio de esta virtud, que era llamado de todos San Juan el Limosnero. Eulogio Alexandrino, deseando hacer algun servicio particular á Dios, y no hallándose con bastante fuer-

fuera, ni para abrazar la vida solitaria, ni para ponerse debajo de la obediencia de otro, recogió consigo un pobre hombre, en extremo leproso, y llagado, para exercitar con él la caridad, y mortificación: y para que pudiese conseguir esto mejor, hizo voto de honrarle, tratarle, y servirle como un criado haria á su amo, ó señor. Consintieron despues, así Eulogio como el Leproso, en una tentacion, que era de apartarse el uno del otro, sobre lo qual, aconsejándose con el gran San Antonio, les dixo: "Guardaos bien, hijos míos, de apartaros el uno del otro; porque hallándoos los dos cerca de vuestro fin, si el Ángel no os halla juntos, corereis gran peligro de perder vuestras coronas."

El Rey San Luis visitaba los hospitales, y servia los enfermos con sus propias manos. San Francisco amaba sobre todo la pobreza, á la qual llamaba *su señora*: Santo Domingo la predicacion, de la qual su Orden ha tomado el nombre. San Gregorio el Magno se delectaba en acariciar los peregrinos, á exemplo del gran Abraham, y como él tambien en forma de peregrino recibió al mismo Rey de gloria. Tobias se exercitaba en la caridad de

amortajar los difuntos. Santa Isabel, con ser tan grande Princesa, amaba sobre todo el menosprecio de sí misma. Santa Catalina de Genes, luego que enviudó, se dedicó al servicio de un hospital. Casiano cuenta, que una devota doncella, deseosa de exercitarse en la virtud de la paciencia, acudió á San Atanasio, el qual á petición suya la dió por compañera una pobre viuda, enojosa, colérica, enfadosa, y insufrible; de cuya mala condicion perseguida la devota doncella, tenia no pequeña ocasion para practicar la apacibilidad, y mansedumbre. Así entre los Siervos de Dios los unos se dan á servir los enfermos, los otros á procurar el adelantamiento de la Doctrina Christiana, enseñándosela á los de tierna edad: los otros á encaminar, é instruir las almas perdidas, y descarriadas: los otros á adornar los Templos, ó honrar los Santos; y los otros á procurar la paz, y concordia entre los hombres, en lo qual imitan á los bordadores, que sobre diversos fondos ponen con hermosa variedad las sedas, el oro, y la plata, para hacer todas suertes de flores: porque de la misma manera las almas piadosas, que se emplean en algun parti-

ticular exercicio de devocion, se sirven del tal como de un fondo para su bordado espiritual, sobre el qual practican la virtud, de que tiene mas necesidad para su defensa, la debe limar, y afilar con el exercicio de las otras virtudes; las quales, afilando las otras, quedan todas mas excelentes, y mejor pulidas, como sucedió á Job, que exercitándose particularmente en la paciencia contra tantas tentaciones como tuvo, se hizo perfectamente santo, y virtuoso en toda suerte de virtudes; y, como dice San Gregorio Nazianzeno, por una sola accion de alguna virtud, bien, y perfectamente exercitada, viene una persona á la cumbre de las demas virtudes, alegando á este propósito á Rahab; la qual, habiendo con puntualidad exercitado el oficio de la hospitalidad, llegó á una gloria suprema. Entiendese esto quando la tal accion se exercita con excelencia, y fervor de caridad.

En su vestido, de oro recamado,

La aguja varias flores ha sembrado.

Quando nos sentimos combatidos de algun vicio, nos conviene, quanto nos sea posible, abrazar la práctica de la virtud contraria, encaminando á esta las demas; porque por este medio venceremos nuestro enemigo, y no dexaremos de adelantarnos en todas las virtudes. Si yo me siento combatido de soberbia, ó de cólera, conviene que en toda cosa me incline, y vuelva al lado de la humildad, y afabilidad, encaminando á este fin los otros exercicios, como la oracion, los Sacramentos, la prudencia, la constancia, y la templanza; porque como los javalies para aguzar los colmillos los aprietan, y estriegan con los otros dientes, los qua-

les reciprocamente quedan afilados, y agudos; así el hombre virtuoso, habiendo emprendido el perficionarse en la virtud, de que tiene mas necesidad para su defensa, la debe limar, y afilar con el exercicio de las otras virtudes; las quales, afilando las otras, quedan todas mas excelentes, y mejor pulidas, como sucedió á Job, que exercitándose particularmente en la paciencia contra tantas tentaciones como tuvo, se hizo perfectamente santo, y virtuoso en toda suerte de virtudes; y, como dice San Gregorio Nazianzeno, por una sola accion de alguna virtud, bien, y perfectamente exercitada, viene una persona á la cumbre de las demas virtudes, alegando á este propósito á Rahab; la qual, habiendo con puntualidad exercitado el oficio de la hospitalidad, llegó á una gloria suprema. Entiendese esto quando la tal accion se exercita con excelencia, y fervor de caridad.

CAPITULO II.

Progreso del mismo discurso de la eleccion de las virtudes.

SAN Agustin dice excelentemente que los que comienzan en la devocion, com-

meten ciertas faltas, las quales son dignas de reprehension segun el rigor de las leyes de perfeccion; y fuera de esto, son dignas de alabanza por el buen presagio que dan de una futura exocelencia de piedad, á la qual asimismo sirven de disposicion. El miedo, que es el que engendra los excesivos escrúpulos en las almas de los que nuevamente salen de las ligaduras del pecado, es una virtud importantísima en este principio, y presagio cierto de una futura pureza de conciencia; pero este mismo miedo seria digno de vituperio en los que estan muy adelantados en la virtud, en cuyo corazon debe reynar el amor, el qual poco á poco desecha esta suerte de servil miedo.

S. Bernardo en sus principios era muy riguroso, y áspero con los que buscaban su doctrina, á los quales la primera cosa que decia era, que para venir á él, dexasen el cuerpo, y viniesen en solo espíritu; y oyendo las confesiones, abominaba con una extraordinaria severidad qualquier suerte de faltas, por pequeñas que fuesen; y procuraba de manera instruir en la devocion á estos pobres aprendices, que de puro apretarlos á este fin, antes los desviaba de su propósito, porque con-

gojados desmayaban, viéndose apretar, y aguijar en una tan derecha, y áspera subida. No ves, Filotea, que era un zelo ardentísimo de una perfecta pureza el que procuraba á este gran Santo á esta suerte de método: y que este zelo era una grande virtud, pero virtud con todo eso que no dexaba de ser reprehensible? Tambien el mismo Dios por una sagrada aparicion le corrigió derramando en su alma un espíritu dulce, suave, amigable, y tierno, por cuyo medio, habiéndose vuelto otro, se acusaba despues de haber sido tan exácto, y severo; y se hizo de manera tratable, y apacible con qualquiera, que se hizo á todo con todos para ganarlos á todos. San Gerónimo, habiendo contado que Santa Paula, su amada hija, se mostraba no solo excesiva, pero contumaz en el exercicio de las mortificaciones corporales, hasta llegar á no admitir el aviso contrario que San Epifanio su Obispo la habia dado á este fin; y que fuera de esto se dexaba de manera llevar del sentimiento de la muerte de los suyos, que casi siempre estaba en peligro de morir, concluye de esta suerte: "Dirán sin duda que en lugar de escribir

„alabanzas de esta Santa, escri-

„bo

„bo acusaciones, y vituperios. Hago testigo á Dios, al qual ella ha servido, y yo deseo servir, que no miento ni de una parte, ni de otra; antes digo llana y lisamente lo que ella es, como Christiano, de una Christiana; esto es, que escribo la verdadera historia, y que sus vicios son las virtudes de otros." Quiere decir que las faltas de Santa Paula hubieran tenido lugar de virtudes en un alma menos perfecta: como verdaderamente vemos que hay acciones que son tenidas por imperfecciones en los que son perfectos, las quales antes serian tenidas por grandes perfecciones en los que son imperfectos. Es buena señal en un enfermo quando al salir de su enfermedad se le hinchan las piernas, porque lo tal arguye que naturaleza ya reforzada despide los humores superfluos; pero esta misma señal seria mala en uno que no está enfermo, porque denotaria no hallarse naturaleza con bastantes fuerzas para disipar, y resolver los humores. Filotea mia, mucho nos conviene el tener buena opinion de aquellos á quienes vemos practicar las virtudes, aunque sea con imperfeccion, pues que los Santos mismos las han muchas ve-

ces practicado de esta suerte. Pero quanto á nosotros nos conviene el tener cuenta de exercitarnos, no solo fiel, pero prudentemente, y á este fin observar el aviso del Sabio de no aprobarnos en nuestra propia prudencia, sino en la de aquellos que Dios nos ha dado por conductores, y Padres espirituales.

Hay ciertas cosas que muchos tienen por virtudes, y que de ninguna manera lo son, de las quales es necesario diga algo. Estos son los éxtasis, ó raptos, las insensibilidades, impasibilidades, uniones deificas, elevaciones, transformaciones, y otras tales perfecciones, de las quales tratan ciertos libros, los quales prometen levantar el alma hasta la contemplacion pura intelectual, á la aplicacion esencial del espíritu, y vida supereminente. No ves tú, Filotea, que estas perfecciones no son virtudes, sino recompensas que Dios dá por las virtudes, ó (por mejor decir) vislumbres de las felicidades de la vida futura, las quales á veces se le figuran al hombre para hacerle desear los eternos bienes del Paraíso? Mas con todo esto no se han de pretender las tales gracias, pues no son de ninguna manera necesarias para el bien servir, y amar á Dios, lo qual debe ser nues-

nuestra única pretension; y muchas veces tambien no son gracias que puedan adquirirse por el trabajo, y industria, viendo que son antes pasiones que acciones, las quales podemos recibir, mas no hacer en nosotros. Añadido á esto, que nosotros no habemos intentado hacernos sino gente de bien, gente de devocion, hombres piadosos, y mugeres piadosas: causa por que nos conviene emplearnos bien en esto: que si Dios es servido de levantarnos hasta estas perfecciones angélicas, tambien serémos buenos Angeles; pero mientras las esperamos, exercitémonos simple, humilde y devotamente en las pequeñas virtudes, cuya conquista nuestro Señor ha puesto en nuestro cuidado, y trabajo, como la paciencia, la mansedumbre, la mortificación de corazon, la humildad, la obediencia, la pobreza, la castidad, la blandura para con el próximo, el llevar con paciencia sus imperfecciones, la diligencia, y santo fervor. Dexemos voluntariamente las sobreeminencias á las almas elevadas; que nosotros no merecemos puesto tan alto en el servicio de Dios. No poco dichosos seremos en servirle en su cocina, en su panetería, en ser lacayos, y

ganapanes, criados humildes; que despues le tocará (si le pareciere justo) el hacernos de su Cámara, y Consejo privado. Esto es así, Filotea, porque este Rey de gloria no recompensa sus criados segun la dignidad de los oficios que exercen, sino segun el amor, y humildad con que los exercitan. Saul, buscando los juamentos de su padre, halló el Reyno de Israel. Rebeca, abrevando los camellos de Abraham, se hizo esposa de su hijo. Ruth, espigando con los segadores de Booz, y echándose á sus pies, mereció ser su esposa. Y es cierto que las pretensiones tan levantadas de las cosas extraordinarias, estan por extremo sujetas á ilusiones, engaños, y falsedades; y succede á veces que los que piensan ser Angeles, no son ni aun buenos hombres; y que en sus hechos hay mas grandeza en las palabras, y términos de que usan, que en el sentimiento, y obra. Mas no por eso se ha de menospreciar, ni censurar temerariamente nada; sino que dando gracias á Dios de la eminencia de los otros, nos quedemos humildes en nuestro camino, mas baxo, pero mas seguro; menós excelente, pero mas cómodo á nuestra insuficiencia, y pequenez;

ñez; en la qual si nos conservamos humilde y fielmente, Dios nos levantará á grandezas bien grandes.

CAPITULO III.

De la Paciencia.

NEcesaria os es la paciencia, para que haciendo la voluntad de Dios, goceis la promesa (dice el Apostol); por que como pronunció el Salvador: *En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.* Suma felicidad del hombre, Filotea, es el poseer su alma, y quanto mayor es la perfeccion de nuestra paciencia, tanto mas perfectamente poseemos nuestras almas. Menester hemos, pues, perficionarnos en esta virtud. Acuérdate muy amenudo como nuestro Señor nos ha salvado padeciendo, y sufriendo; y que de la misma manera debemos procurar nuestra salud con sufrimientos, y aflicciones, llevando las injurias, contradicciones, y desplaceres con la mayor mansedumbre que nos sea posible.

No limites tu paciencia á tal, ó tal suerte de injurias, y aflicciones; sino estiéndela universalmente á todas las que Dios te enviare, y permittiere. Hay unos que no quieren

sufrir sino las tribulaciones honrosas: pongo por exemplo el ser heridos en la guerra, ser presos en la batalla, ser maltratados por la Religion, ó empobrecer por alguna pendencia, ó descaño, en el qual hayan quedado vencedores; y estos no aman la tribulacion, sino la honra, que esta á su parecer les trae. El verdadero paciente, y siervo de Dios lleva igualmente las tribulaciones, así las que se juntan con la ignominia, como las honrosas. El ser menospreciado, reprehendido, y acusado de los malos, fácil le es de sufrir á un hombre animoso; pero el ser reprehendido, acusado, y maltratado de la gente de bien, de los amigos, y de los parientes, aquí es donde se conoce el verdadero siervo de Dios. En mas es de estimar la mansedumbre con que el Bienaventurado Cardenal Borromeo sufrió mucho tiempo las reprehensiones públicas que un gran Predicador contra él pronunciaba, que otras muchas molestias que de otros recibia; porque de la misma manera que las picaduras de las abejas dan mas pesadumbre que las de las moscas, de la misma manera el mal que se recibe de los buenos, y sus contradicciones, son mucho mas in-

insoportables que las otras: y con todo esto sucede muchas veces que dos buenas intenciones sobre la diversidad de sus opiniones una á otra se persiguen, y contradicen.

Sé sufrida, no solo en lo principal de las aficciones que te sobreviniéren, pero tambien en lo accesorio, y accidental que de ellas dependiere. Muchos querrian tener trabajos, con condicion que los tales no les traxesen incomodidad. No siento (dice uno) el haber empobrecido, si esto no me estorvára el servir, y regalar mis amigos, engrandecer mis hijos, y vivir honradamente, como yo deseára. Otro dirá: Nada se me daría, si no fuese por ver que el mundo pensará haberme sucedido esto por mi falta. Otro sufrirá con mucha paciencia la detraccion del maldiciente, con condicion que nadie dé crédito al que de él murmura. Otros hay que querrian tener alguna incomodidad de trabajos segun su parecer, pero no por entero. No pierden la paciencia (dicen los tales) por verse enfermos, sino por verse sin dinero para poder regalarse, ó por ver la importunidad de los que les sirven, ó acompañan. Digo te, pues, Filotea, que conviene tener paciencia, no solo del

estar enfermos, pero del ser de la enfermedad que Dios quiere, y con las incomodidades que quiere, y de la misma manera en las otras tribulaciones. Quando te viniere algun trabajo, oponle los remedios posibles, licitos, y justos, porque hacer otra cosa sería tentar á su Divina Magstad; pero hecho esto, esperarás con una entera resignacion el efecto que mas á Dios agradaré. Si fuere servido que los remedios venzan el trabajo, darásle gracias con humildad; mas si fuere servido que el mal pueda mas que los remedios, conviene bendecirle con paciencia.

Sigue el parecer de San Gregorio. Quando justamente fueres acusado de alguna falta que hayas cometido, humíllate quanto puedas, confesando mereces mas que la acusacion que te han hecho; y si la acusacion fuere falsa, escusarás te mansamente, negando el ser culpable, y esto por quanto debes esta reverencia á la verdad, y á la edificacion del próximo; pero tambien si despues de esta verdadera, y legitima escusa continúan en acusarte, de ninguna manera te alborotes, ni te canses en procurar sea recibida tu escusa, porque despues de ha-

haber dado á la verdad lo que debes, debes tambien dar lo mismo á la humildad; y de esta suerte no ofenderás al cuidado que debes tener de tu fama, ni á la aficion que debes á la tranquilidad, y mansedumbre de corazon, y humildad. Quéjate lo menos que pudieres de los agravios que hubieres recibido; pues es cosa cierta que ordinariamente quien se queja peca, por quanto el amor propio nos hace parecer las injurias mayores de lo que en si son: y sobre todo te aconsejo no des tus quejas á personas fáciles á la indignacion, y malos pensamientos; que si fuere importante el quejarte á alguno, ó por remediar la ofensa, ó por quietar tu espíritu, será bien que esto sea á almas sosegadas, y devotas; porque de otra suerte, en lugar de aliviar tu corazon, le provocarán á mayores inquietudes, y en lugar de quitarte la espina que te pica, te la fixarán mas adentro del pie.

Muchos, hallándose enfermos, afligidos, y ofendidos de alguno, no se ocupan sino en quejarse, y mostrar mucho melindre; y porque esto á su parecer (y es verdad) denotaría una gran falta de fuerzas, y generosidad, desean por es-

Tom. II.

tremo, y procuran con muchos artificios que todos se duelan de ellos, y les tengan mucha compasion, y estimen por no solo afligidos, pero pacientes, y animosos. Esto verdaderamente es paciencia; pero paciencia falsa, y que en efecto no es otra cosa sino una tácita, y fina ambicion, y vanidad. "Estos tales reciben gloria; (dice el Apóstol); mas no para con Dios." El verdadero paciente no llora su mal, ni desea que se le lloren: habla de él desnuda, verdadera y simplemente, sin lamentarse, sin quejarse, y sin engrandecerle: y si se le lloran, sufre con paciencia que se le lloren, mas no que le lloren mal que no tiene; porque así declara modestamente, que no tiene el tal mal, y queda de esta suerte sosegado entre la verdad, y la paciencia, confesando su mal, y no quejándose de él.

En las contradicciones que te sobreviniéren en el ejercicio de la devocion (porque estas no te faltarán) acuerdate de las palabras de nuestro Señor: "La muger mien-
"tras está de parto tiene gran-
"des congojas; pero viendo su
"hijo ya nacido, las olvida,
"por quanto le ha nacido en
"el mundo un hombre."

L

Asi

Así tú has concebido en tu alma el mas digno Hijo del mundo, el qual es Jesu-Christo; y quando este, despues de bien formado, esté para salir á luz, no escusarás el sentirte del trabajo; pero ten buen ánimo, porque de estos dolores pasados te quedará un eterno gozo, viendo has sacado á la luz del mundo tal hombre. Habrásle, pues, de todo sacado á luz para tí quando por entero le hayas formado en tu corazon, y en tus obras por imitacion de su vida.

Quando estuvieres enferma ofrece todos tus dolores, penas, y trabajos al servicio de nuestro Señor, y suppícale los junte á los tormentos que recibió por tí. Obedece al Médico: toma las medicinas, viandas, y otros remedios por amor de Dios, acordándote de la que él tomó por amor de nosotros: desea sanar para servirle; no refuses el padecer por obedecerle, y disponente á morir, si de esto fuere servido, para que allí puedas alabarle, y merezcas gozar de su presencia. Acuérdate que las abejas en el tiempo que hacen la miel, comen, y se sustentan de un mantenimiento muy amargo, y que así nosotros no podemos hacer actos de mayor mansedumbre, y pa-

ciencia, ni componer la miel de excelentes virtudes, sino mientras comemos el pan de amargura, y vivimos en medio de las aflicciones; y como la miel que se hace de la flor del tomillo, hierba pequeña, y amarga, es la mejor de todas, así la virtud que se exercita en la amargura de las mas viles, baxas, y desechadas tribulaciones, es la mas excelente de todas.

Mira amenudo con los ojos interiores á Jesu-Christo crucificado, desnudo, blasfemado, calumniado, baldonado, y en fin, perseguido de todas suertes de enojos, de tristezas y trabajos, y considera que todos tus sufrimientos ni en cantidad, ni en calidad son de ninguna manera de comparar con los suyos; y que jamas podrás sufrir nada por él, comparado á lo que él ha sufrido por tí.

Considera las penas que los Mártires sufrieron, y las que tantas personas sufren, mas pesadas sin ninguna comparacion que las en que tú estás, y dí: Ay de mí! mis trabajos son consuelos, y mis espinas rosas, en comparacion de los que sin socorro, sin asistencia y sin alivio viven en una cohtinua muerte, perseguidos de aflicciones infinitamente mayores.

CAPITULO IV.

De la humildad para lo interior.

PIde prestados (dice Eliseo á una pobre viuda) *muchos vasos vacios, y echa en ellos el olio.* Para recibir la gracia de Dios en nuestros corazones menester es tenerlos vacios de nuestra propia gloria. El cernícalo gritando, y mirando los pájaros de rapiña, los espanta por una propiedad, y virtud secreta, causa por que las palomas le aman mas que á todos los otros pájaros, viendo viven seguras en su compañía. Así la humildad rechaza á Satanás, y conserva en nosotros las gracias, y dones del Espíritu Santo: y por esto todos los Santos, y particularmente el Rey de los Santos, y su Madre Santa, han siempre honrado, y amado esta santa virtud mas que otra ninguna entre las morales.

Llamamos vana la gloria que nos atribuimos, ó por quanto no está en nosotros, ó porque está en nosotros sin ser nuestra, ó porque está en nosotros, y es nuestra, sin que por ella debamos gloriarnos. La nobleza del linage, el favor de los Grandes, la honra popular, todas estas son cosas que no estan en nosotros, sino en nuestros predecesores, ó en

la estima de otros. Hay algunos que se muestran fieros, y arrogantes porque se ven sobre un buen caballo, porque tienen un gran penacho en el sombrero, y por verse vestidos suntuosamente; pero quién no ve esta locura? Porque si en esto cabe alguna gloria, la tal será del caballo, del pájaro, y del sastre. Pues qué firmeza de ánimo es el hacer estimacion de la que da un caballo, una pluma, ó un vestido? Otros hacen caso, y aun se desvanecen, porque tienen el mostacho relevado, por la barba peynada, por los cabellos crespos, por las manos blancas, porque saben cantar, tocar, y cantar; pero no son estos tales baxos de pensamientos, pues quieren fundar su valor, y apoyar su reputacion en cosas tan frívolas, y locas? Otros por un poco de ciencia quieren ser honrados, y respetados del mundo, como si todos hubiesen de ir á su escuela, y tenerlos por Maestros. Otros se estiran, y ensanchan en la consideracion de su hermosura, creyendo con ella llevar tras sí los ojos del mundo. Todo es en estrecho vano, loco, é impertinente, y la gloria que se toma de tan flacos sugetos se llama vana, loca, y frívola.

Conócese el verdadero bien cómo el verdadero bálsamo. Hácese la prueba del bálsamo destilándole dentro del agua; y si va al fondo, y hace asiento en lo baxo, es tenido por muy fino, y precioso. Así para conocer si un hombre es verdaderamente sabio, entendido, generoso, y noble, se lia de mirar si sus bienes miran á la humildad, modestia, y sumision, porque entónces serán verdaderos bienes; pero si quieren mostrarse, y andar siempre por lo alto, serán bienes tanto menos verdaderos quanto serán mas aparentes. Las perlas que se congelan, y crián al viento, y ruido de de los truenos, tienen lo exterior de perla, y lo interior vacío. Así las virtudes, y hermosas calidades de los hombres que se crián, y viven en altivez, soberbia, y vanidad, no tienen sino una simple apariencia de bien, sin jugo, sin medula, y sin solidéz.

Las honras, los puestos, las dignidades son como el azafrán, que se mejora, y crece con mas abundancia quando le pisan con los pies. No es honra el ser hermosos quando desvanecidos nos miramos. La hermosura para tener buena gracia ha de ser menospreciada. La ciencia nos deshonra

quando nos hincha, y desvanece, y da en charlataneria.

Si somos puntosos por los puestos, por las cortesias, ó por los títulos, fuera de que exponemos nuestras calidades al examen, á la inquisicion, y á la contradiccion, las volvemos viles, y abatidas; porque la honra, quando es recibida en don, es por extremo hermosa; pero hácese vil quando es buscada, y pedida. Quando el pabon para mirarse hace su rueda levantando sus hermosas plumas, lleva con ellas todas las demas, hasta que muestra lo disforme, y feo. Las flores, que plantadas en tierra son hermosas, se marchitan quando se manosean; y como los que huelen la mandrágora de leños, y de paso, reciben mucha suavidad, y al contrario los que la huelen de cerea, y de asiento se adormecen, y desmayan; así las honras traen un no pequeño consuelo al que goza de su olor desde leños, y de paso, sin divertirse, ni embebecerse; pero al que por extremo de ellas se aficiona, y con extremo las procura, son por extremo reprehensibles, y vituperables.

El seguimiento, y amor de la virtud comienza á hacernos virtuosos; pero el seguimiento, y amor de las honras comien-

mienza á hacernos dignos de menosprecio, y vituperio. Los ánimos nobles no se embarazan en tan rateros pensamientos, como es reparar en los puestos, salutationes, y otros puntillos, porque piensan en cosas mas sólidas, y mayores; y así esto solo toca á los ánimos mas apocados. Los que pueden alcanzar perlas, no se carguen de caracolillos, ni conchuelas; y los que pretenden la virtud, no se desvelen por las honras. Qualquiera puede ocupar su puesto, y mostrarse en él sin violar la humildad, con tal que esto sea sin que cueste inquietud, ni cuidado: porque como los que vienen del Perú, fuera del oro, y plata que sacan, traen tambien ximios, y papagayos, tanto por el barato precio con que los compran, como por lo poco que les carga los baxeles; así los que pretenden la virtud, no dexan de tomar los puestos, y honras que les son debidas; pero no costándoles mucha atencion, y cuidado, ni admitiendo ningun desasosiego, inquietud, disputa, ni contencion. Y esto no se entiende con aquellos, cuya dignidad mira el público, ni de ciertas ocasiones particulares que causarian una grande conseqüencia; porque en tal caso conviene que

Tom. II.

cada uno conserve lo que le toca, con tal prudencia, y discrecion, que vaya acompañada de caridad, y acompaña.

CAPITULO V.

De la humildad mas interior.

Bien sé, Filotea, que desearás te conduzca mas adelante en la humildad, porque lo que de ella hasta aquí he tratado, antes se puede llamar sabiduría que humildad. Ahora, pues, quiero pasar adelante. Muchos no quieren, ni osan pensar, ni considerar las gracias que Dios les ha hecho en particular, temerosos de desvanecerse, y vanagloriarse, en lo qual se engañan; porque como dice el gran Doctor Angélico; el verdadero modo de alcanzar el amor de Dios es la consideracion de sus bienes recibidos, porque quanto mas los conocamos, tanto mas le amaremos; y como los beneficios particulares mueven mas que los comunes, así deben tambien ser considerados con mas atencion. Es cierto que nada puede humillarnos tanto delante de la misericordia de Dios como la muchedumbre de sus bienes recibidos; ni nada podrá humillarnos tanto delante de su justicia como la

L 3 mul-

multitud de nuestras maldades. Considerémos, pues, lo que él ha hecho por nosotros, y lo que nosotros habemos hecho contra él, y como consideraremos por menudo nuestros pecados, considerémos también por menudo sus gracias. Y no se ha de temer que el conocimiento de los bienes que ha puesto en nosotros ha de hincharnos, con condicion que notemos esta verdad; y es, que lo que hay bueno en nosotros no es nuestro: si no, dime, los mulos dexan de ser torpes, y hediondas bestias porque estén cargados de olores, y muebles preciosos del Príncipe? *Qué tenemos nosotros bueno, que no lo hdyamos recibido? y si lo hemos recibido, por qué nos queremos ensoberbecer?* Al contrario la viva consideracion de las gracias recibidas nos hace humildes, porque el conocimiento engendra el reconocimiento; pero si viendo las gracias que Dios nos ha hecho, nos llegase á inquietar alguna suerte de vanidad, el remedio infalible será acogernos á la consideracion de nuestras ingratitudes, de nuestras imperfecciones, y de nuestras miserias. Si consideramos lo que habemos hecho quando Dios no ha estado con nosotros, cono-

remos claro que lo que hacemos quando está con nosotros, no es de nuestra cosecha. Alegráremosnos, pues, y regocijáremosnos en la consideracion de los bienes recibidos; pero daremos á solo Dios las gracias por quanto es el Autor.

Así la Santa Virgen confiesa que Dios obró en ella cosas maravillosas; pero no fue sino por humillarse, y engrandecer á Dios. *Alma mia (dice), engrandece al Señor, por quanto ha hecho en mí cosas grandes.*

Decimos muchas veces que no somos nada, que somos la miseria misma, y la basura del mundo; pero no poco sentiríamos que nos tomasen la palabra, y que nos publicasen tales quales nos llamamos. Y al contrario fingimos escondernos, y huirnos, para dar mejor lugar á que nos busquen, y pregunten por nosotros. Damos á entender que gustamos de ser los pòstreros, y asentarnos á los pies de la mesa, para que nos dén la cabecera. La verdadera humildad no procura dar aparentes muestras de serlo, ni gasta muchas palabras de humildad; porque esta no solo desea esconder las otras virtudes, pero tambien, y principalmente procura esconderse á sí misma; y si le fuese permitido mentir, fingir,

ó escandalizar el próximo, produciría acciones de arrogancia, y fiereza, para debaxo de ellas mejor encubrirse. Este es mi parecer, Filotea: ó no digamos palabras de humildad, ó digámoslas con un verdadero sentimiento interior, conforme á lo que exteriormente pronunciamos: no baxemos nunca los ojos, sino humillando nuestros corazones: no demos á entender querer ser los pòstreros, si es que deseamos ser los primeros. Tengo, pues, esta regla por tan general, que no tiene alguna excepcion: solo diré que la buena crianza requiere que á veces ofrezcamos los mejores lugares á los que manifiestamente sabemos no han de tomarlos; lo qual no por esto es doblez, ni falsedad de humildad, porque en tal caso el solo ofrecimiento de ventaja es un principio de honra; y pues no se le puede dar por entero, no es mal hecho darle alguna parte. Lo mismo digo de algunas palabras de honra, ó respeto, que en rigor no parecen verdaderas; pero sonlo con todo esto bastantemente, con que el corazon del que las pronuncia tenga una verdadera intencion de honrar, y respetar al que las dice: porque aunque las pala-

bras significan con algun exceso aquello que decimos, no por eso hacemos mal en emplearlas quando el uso comun lo requiere. Verdad es que tambien querria se juntasen las palabras á nuestros corazones lo mas que fuese posible, para seguir en todo, y por todo la simplicidad, y pureza cordial. El hombre verdaderamente humilde querria mas que otro dixese de él que es un miserable, que es un nada, y que no vale nada, que no decirlo él mismo: por lo menos, si sabe que lo dicen, no lo contradice, sino lo sufre de buena gana; porque creyendo firmemente lo tal, se huelga que sigan su opinion. Muchos dicen que dexan la oracion mental para los perfectos, y que ellos no son dignos de hacerla. Otros protestan que no osan comulgar amenudo, por hallarse bastantemente limpios. Otros temen de ofender á la devocion si se meten con ella, por causa de su grande miseria, y fragilidad; y otros rehusan emplear su talento en el servicio de Dios, y su próximo, por quanto (dicen los tales) que conocen su flaqueza, y que tienen miedo de ensoberbecerse si son instrumentos de algun bien, y que enseñando á los otros, ellos se pierden.

den. Todo esto no es sino artificio, y una suerte de humildad; no solo falsa, pero maligna; por lo qual quieren táctica y sutilmente despreciar las cosas divinas, y cubrir con un pretexto de humildad el amor propio de su opinion, y de su humor, y de su pureza.

Pide á Dios una señal arriba en el Cielo, ó abaxo en el profundo del mar, dice el Profeta al desventurado Achaz; y respondió: *No, no la pediré, y no tentaré al Señor*. Malignidad grande hace semblante de una estremada reverencia para con Dios, y con cubierta de humildad se escusa de aspirar á la gracia á que su divina Bondad le llama; pero este tal no ve que quando Dios nos quiere gratificar, es arrogancia el no admitir? Que los dones de Dios nos obligan á recibirlos, y que es humildad el obedecer, y seguir sus deseos con la puntualidad posible? El deseo de Dios es que seamos perfectos, uniéndonos con él, imitándole lo mas que podamos. El soberbio tiene bien ocasion de no osar intentar nada; pero el humilde es tanto mas animoso, quanto se conoce mas incapaz; y quanto mas se tiene por malo, tanto mas se hace atrevido, por quanto tiene toda su confian-

za en Dios, el qual se sirve de engrandecer su poder en nuestra flaqueza, y levantar su misericordia sobre nuestra miseria. Menester es, pues, humilde, y santamente osar todo aquello que es juzgado propio á nuestro adelantamiento por aquellos que conducen nuestras almas.

Pensar saber lo que no se sabe, es una expresa locura: querer hacer del sabio en aquello que se conoce no saberse, vanidad es insoportable. Quanto á mí no querria hacer del sabio aun en aquello que sabria, ni tampoco del ignorante. Quando la caridad lo manda, menester es comunicar llana y apaciblemente con el próximo, no solo lo que le es necesario para su instruccion, pero tambien lo que le es provechoso para su consuelo: porque la humildad, que esconde, y cubre las virtudes para mejor conservarlas, las hace no obstante parecer quando la caridad lo manda, para aumentarlas, engrandecerlas, y perficionarlas; en lo qual parece á aquel arbol de las Islas de Tilos, el qual de noche encierra, y tiene como con llave sus hermosas flores, sin que las abra sino al salir del sol; de suerte que los habitantes de aquella tierra dicen que estas flores duermen

men de noche. Así la humildad cubre, y esconde todas nuestras virtudes, y perfecciones humanas, y no las dexa jamas mostrar sino por la caridad, la qual siendo una virtud no humana, sino celeste, no moral, sino divina, es el verdadero sol de las virtudes, sobre las quales debe siempre dominar; de suerte que las humildades, que perjudican á la caridad, son indubitablemente falsas.

No querria yo ni hacer del loco, ni hacer del sabio; porque si la humildad me estorva el hacer del sabio, la simplicidad, y llaneza me estorvarán tambien el hacer del loco; y si la vanidad es contraria á la humildad, el artificio, la afectacion, y el fingimiento es contrario á la llaneza; que si algunos grandes siervos de Dios han fingidose locos, para que mas así el mundo los despreciase, á estos tales debemos admirar, pero no imitar, por quanto para esto tuvieron motivos tan particulares, y extraordinarios, que no debe nadie para sí sacar de lo tal ninguna consecuencia. Y en quanto á David, si danzó, y saltó un poco mas que la ordinaria decencia pedia delante del Arca, no era porque quisiese hacer del loco; sino que simplemente, y sin artificio hacia

estos movimientos exteriores, conforme á la extraordinaria, y sin medida alegría que sentia en su corazon. Verdad es que quando Michol su muger le reprehendió como de una locura, no por eso mostró sentimiento viéndose despreciado; antes, perseverando en la natural, y verdadera representacion de su alegría, daba testimonio de su contento en recibir por su Dios un poco de menosprecio. En seguimiento de lo qual te diré, que si por las acciones de una verdadera, y natural devocion te tuvieren por vil, abatida, y loca, la humildad hará te alegres con tan dichoso oprobrio, la causa del qual no está en tí, sino en los que lo hacen.

CAPITULO VI.

Que la humildad nos hace amar nuestro propio desprecio.

Asando, pues, mas adelante, te digo, Filotea, que en todo, y por todo ames tu propio desprecio. Pero sin duda me preguntarás lo que quiere decir *amar su propio desprecio*. En latin *desprecio* quiere decir *humildad*; y *humildad* quiere decir *desprecio*. Así que quando nuestra Señora en su sagrado Cántico dice que por quanto nuestro Señor

ha visto la humildad de su sierva, todas las generaciones la llamarán Bienaventurada; quiere decir que nuestro Señor ha mirado de buena gana su desprecio, vileza, y baxeza, para colmarla de gracias, y favores. Diferencia hay con todo esto entre la virtud de la humildad, y el desprecio: porque el desprecio es la pequeñez, baxeza, y vileza que está en nosotros, sin que lo tal pensemos; pero quanto á la virtud de la humildad, es el verdadero conocimiento, y voluntario reconocimiento de nuestro desprecio. El principal punto, pues, de esta humildad consiste en no solo reconocer voluntariamente nuestro desprecio, sino en amarle, y gustar de amarle; y esto no por falta de ánimo, y generosidad, sino por exaltar tanto mas la Magestad Divina, y estimar mucho mas al próximo que á nosotros mismos. Esto, pues, Filotea, te exhorto; y para que mejor lo entiendas, sabe que entre los males que sufrimos, los unos son despreciados, y los otros honrosos: muchos se acomodan á los honrosos; pero casi ninguno se acomoda á los despreciados. Mira un devoto Ermitaño, roto, y friolento, que todos honran su hábito pobre, con

compasion de su sufrimiento; pero si un pobre oficial, un pobre hidalgo, ó una pobre señora, padecen lo mismo, serán antes despreciados, y escarnecidos. Ves aquí, pues, como su pobreza es despreciada. Un Religioso recibe devotamente una áspera censura de su Superior, ó un hijo de su padre, á que llamarán todos mortificación, obediencia, y sabiduría. Sufrirán tambien lo mismo de alguno un caballero, y una dama; lo qual, si acaso sufren por amor de Dios, todos lo llamarán cobardía, y pusilanimidad. Ves aquí, pues, otro mal despreciado. Una persona tiene un zaratan, ó cancer en un brazo: otra le tiene en la cara. El primero no tiene sino el mal; pero el segundo tiene con el mal el menosprecio, el desden, y la abyeccion. Digo, pues, ahora, que no solo se ha de amar el mal (lo qual se hace por la virtud de la paciencia) sino tambien la abyeccion, ó menosprecio, lo qual se hace por la virtud de la humildad.

Hay tambien virtudes desechadas, y virtudes honrosas: la paciencia, la mansedumbre, la simplicidad, y la humildad son virtudes que los mundanos tienen por viles, y despreciadas; y al contrario

es-

estiman mucho la prudencia, la valentía, la liberalidad. Tambien hay acciones de una misma virtud, y las vanas son menospreciadas, y las otras honradas. Dar limosna, y perdonar las ofensas, son dos acciones de caridad: la primera es honrada de qualquiera, y la otra menospreciada á los ojos del mundo. Un mozo, ó una doncella, que no se dexáre llevar de la persuasion de los que desregladamente se dan á las conversaciones, juegos, danzas, banquetes, y vestidos superfluos, será murmurada, y censurada de los otros, y su modestia será llamada, ó hyprocesía, ó afectacion. Amar esto es amar su desprecio. Daréte otro exemplo: pongamos caso que vamos á visitar los enfermos: si me envían al mas miserable, me será un desprecio segun el mundo, por lo qual le amaré. Si me envían á los de mas calidad, seráme tambien un desprecio segun el espíritu, por quanto no hay tanta virtud, y merecimiento; y así amaré tambien este desprecio. Cayendo en la calle, fuera del mal, se cae en verguenza: este desprecio tambien debe amarse. Hay tambien faltas, en las quales no hay ningun mal, sino la sola abyeccion,

ó desprecio, y la humildad no obstante no permite que expresamente se hagan; pero mándanos que no nos inquietemos quando las hubiéremos cometido. Estas son ciertas locuras, descortesías, é inadvertencias; las quales, así como se han de procurar evitar antes que se hagan, por obedecer la cortesía, y prudencia; así debemos tambien llevar con paciencia, y amar la abyeccion que cometidas de ellas resultáre, para mejor seguir así la santa humildad. Diréte aún mas: Si acaso me he desreglado por cólera, ó disolucion en palabras licenciosas, é indecentes, con las quales he ofendido á Dios, y al próximo, arrepentiréme vivamente, sintiendo en extremo la ofensa, la qual procuraré reparar lo mejor que me sea posible; pero no por eso debo aborrecer la abyeccion, y menosprecio que me resultáre; y si se pudiese separar lo uno de lo otro, yo desviaría de mí el pecado, y guardaría humilde la abyeccion.

Pero aunque amamos la abyeccion que se sigue del mal, no por eso se ha de dexar de remediar el mal que la ha causado, por medios propios, y legítimos, y principalmente quando el mal es de conse-

quien-

qüencia. Si yo tengo en la cara alguna ocasion de desprecio, procuraré la cura; pero no el olvido del desprecio, el qual he recibido. Si hubiere hecho alguna locura que no ofenda á persona, no me escusaré de ella, por quanto aunque esta tal es una falta, visto que no es permanente, no será el escusarme sino por evitar la abyeccion que de ella me queda: cosa que la humildad no puede permitir. Mas si por descuido, ó locura he ofendido, ó escandalizado á alguno, repararé la ofensa con alguna verdadera escusa; y esto por quanto el mal es permanente, y que la caridad me obliga á quitarle. Sucede tambien algunas veces que la caridad requiere que remedemos la abyeccion por el bien del próximo, al qual es necesaria nuestra reputacion; pero en tal caso, luego que quitemos la abyeccion delante de los ojos del próximo, conviene que la cerremos, y escondamos dentro de nuestro corazon, para que se edifique. Pero querrás sin duda, Filotea, saber cuáles son las mejores abyecciones. A que digo, que las mas provechosas al alma, y agradables á Dios, son las que nos vienen por accidentes, ó por el estado de nuestra vida;

y esto por quanto no las habemos escogido, sino recibido tales quales Dios nos las ha enviado, cuya eleccion es siempre mejor que la nuestra: que si fuese necesario escoger, las mayores son las mejores; y aquellas son llamadas mayores, que son mas contrarias á nuestras inclinaciones, como sean conformes á nuestro estado; porque (acabando con esto) nuestra eleccion gasta, y disminuye casi todas nuestras virtudes. Quién nos dará gracia para decir con el gran Rey: *Yo he escogido el ser menospreciado en la Casa de Dios, antes que el habitar en los tabernáculos de los pecadores?* Nadie puede, querida Filotea, sino aquel que para exaltarnos vivió, y murió; de suerte, que fue el oprobrio de los hombres, y la abyeccion del pueblo. Muchas cosas te he dicho, que considrándolas, te parecerán ásperas; pero créeme que practicándolas, te serán mas que el azucar, y miel dulces.

CAPITULO VII.

Cómo se ha de conservar la buena fama, practicando la humildad.

LA albanza, la honra, y la gloria no se dan á los hom-

hombres por una simple virtud, sino por alguna virtud excelente; porque por la albanza procuramos persuadir á los otros la estimacion de la excelencia de algunos: por la honra protestamos estimarla nosotros mismos; y la gloria no es otra cosa (á mi parecer) sino un cierto hijo de la reputacion, el qual nace del ayuntamiento de muchas albanzas, y honras: de manera que las honras, y albanzas son como piedras preciosas, de cuya junta se muestra, y sale la gloria, como un esmalte. No pudiendo, pues, la humildad sufrir que tengamos alguna opinion de aventajar, ó ser preferidos á los otros, no puede tampoco permitir que busquemos, ni procuremos la albanza, la honra, ni la gloria, las quales cosas son debidas á la sola excelencia. Es verdad con todo eso que nos consienten lo que nos amonesta el Sabio, que es tener cuenta con nuestra fama, por quanto la buena fama es la estimacion, no de alguna excelencia, sino solamente de una simple, y comun integridad de vida; la qual la humildad no estorva que reconozcamos en nosotros mismos, ni por conseqüente que deseemos la reputacion. Es verdad que la humildad

menospreciaría la fama, si la caridad no la hubiese menester; mas por quanto esta es uno de los fundamentos de la comunicacion humana, y que sin ella somos, no solo inútiles, pero dañosos al público, por causa del escándalo que recibe, la caridad manda, y la humildad tiene por bien que la deseemos, y conservemos precisamente.

Fuera de esto, así como las hojas de los árboles, que de suyo no son de estima, sirven con todo esto de mucho, no solo para hermosearlos, sino tambien para conservar los frutos, mientras estan tiernos; así tambien la buena fama, que de sí misma no es cosa que con ahinco deba desearse, no dexa por eso de ser muy útil, no solo para el adorno de nuestra vida, pero tambien para la conservacion de nuestras virtudes, y principalmente de las virtudes tiernas, y débiles. La obligacion de mantener nuestra reputacion, y de ser tales quales nos estiman, despierta un ánimo generoso á una poderosa, y dulce violencia. Conservemos nuestras virtudes, querida Filotea, por quanto estas son agradables á Dios, principal, y soberano objeto de todas nuestras acciones. Mas como los que quie-

quieren guardar los frutos no se contentan con solo confiarlos, sino que los ponen en vasos propios á su conservacion; así tambien, aunque el amor divino sea el principal conservador de nuestras virtudes, podemos tambien emplear la buena fama, como muy propia, y útil á este fin.

No por esto debemos mostrarnos muy fogosos, exáctos, y puntosos en esta conservacion; porque los que son tan delicados, y cosquillosos por su reputacion parecen á los que por qualquier suerte de achaque toman medicinas, los quales, pensando conservar la salud, la estragan del todo. Así es que otros, queriendo mantener con tanta puntualidad su reputacion, vienen enteramente á perderla; porque por esta delicadeza se hacen enojosos, aborrecibles, é insoportables, y provocan la malicia de los maldicientes.

La disimulacion, y menosprecio de la injuria, y calumnia, es de ordinario un remedio mas saludable que el sentimiento, la porfia, y la venganza. El menosprecio los hace desmayar; mas si se recibe enojo, parece proceder del sentimiento de injuria justa. Los crocodilos no dañan sino á los que los temen; ni tampoco

la murmuracion, sino á los que por ella se penan, y fatigan.

El miedo excesivo de perder la fama muestra una grande desconfianza del fundamento de ella, que es la verdad de una buena vida. Las Villas que tienen puentes de madera, estan expuestas á que qualquier suerte de avenidas las rompa, y lleve tras sí; pero las que las tienen de piedra, viven seguras, y sin miedo, sino es de algunas extraordinarias crecientes. Así los que tienen un alma verdaderamente christiana, desprecian de ordinario los rebatos, y ofensas de las lenguas injuriosas; mas los que se sienten débiles, y flacos, del menor chisme se inquietan, y alborotan. Créeme, Filotea, que quien quiere tener reputacion con todos, la pierde con todos; y merece perder la honra aquel que quiere tomar la de aquellos á quienes los vicios hacen verdaderamente infames, y deshonorados.

La reputacion no es sino como una señal, la qual muestra dónde aloja la virtud. La virtud, pues, debe en todo, y por todo ser preferida. Dirá á veces el maldiciente que eres un hipócrita, porque ve que te das á la devocion; y si el tal te tuviere por hombre de poco ánimo porque perdonas-

naste la injuria, búrlate de todo esto; porque fuera de que tales juicios son siempre de nécias, y locas gentes, quando se debería perder la fama, no se debería dexar la virtud, ni apartarse de su camino, por quanto siempre se ha de preferir el fruto á las hojas; esto es, el bien interior, y el espiritual á todos los bienes exteriores. Bien es que seamos zelosos, pero no idólatras de nuestra fama; y así como no se debe ofender el ojo de los buenos, así tambien no se ha de querer contentar el de los malos. La barba le sirve al hombre de adorno, y el caballo á la muger. Si se desarrayga, y arranca del todo el pelo de la barba, y el caballo de la cabeza, fácilmente podría no volver jamas; pero si solamente se corta, poco despues saldrá con mas abundancia, mas fuerte, y espeso. De la misma manera, aunque la fama se vea mordida, y cercenada de la lengua de los maldicientes, que es (dice David) como una navaja afilada, no por esto debemos inquietarnos, porque bien presto tornará á crecer, y á mostrarse, no solo tan hermosa como de antes, pero mas sólida, y maciza; que si nuestros vicios, nuestra floxedad, y nuestra

mala vida nos quita la reputacion, será muy posible no volverla á cobrar jamas, por quanto queda arrancada la raiz. La raiz, pues, de la fama es la bondad, la qual, mientras estuviere en nosotros, puede siempre producir la honra que le es debida.

Hase, pues, de dexar la vana conversacion, el uso inútil, la amistad frívola, el trato alocado, si es que daña á la fama, porque la fama vale mas que toda suerte de vanos contentos. Mas si por el exercicio de piedad, por el adelantamiento en la devocion, y buen pasage al bien eterno, murmuran, figan, ó calumnian, dexemos ladrar los mastines; porque si pueden sembrar alguna mala opinion contra nuestra reputacion, y por este medio cortar, y arrear los cabellos, y la barba de mas abundancia, importará poco, porque bien presto tornará á renacer, y la navaja de la murmuracion servirá á nuestra honra como la podadera á la viña, que la hace abundar, y multiplicar en fruto.

Tengamos siempre los ojos puestos en Jesu-Christo crucificado: caminemos en su servicio con confianza, y simplicidad; pero sabia y discretamente. El será el protector de nues-